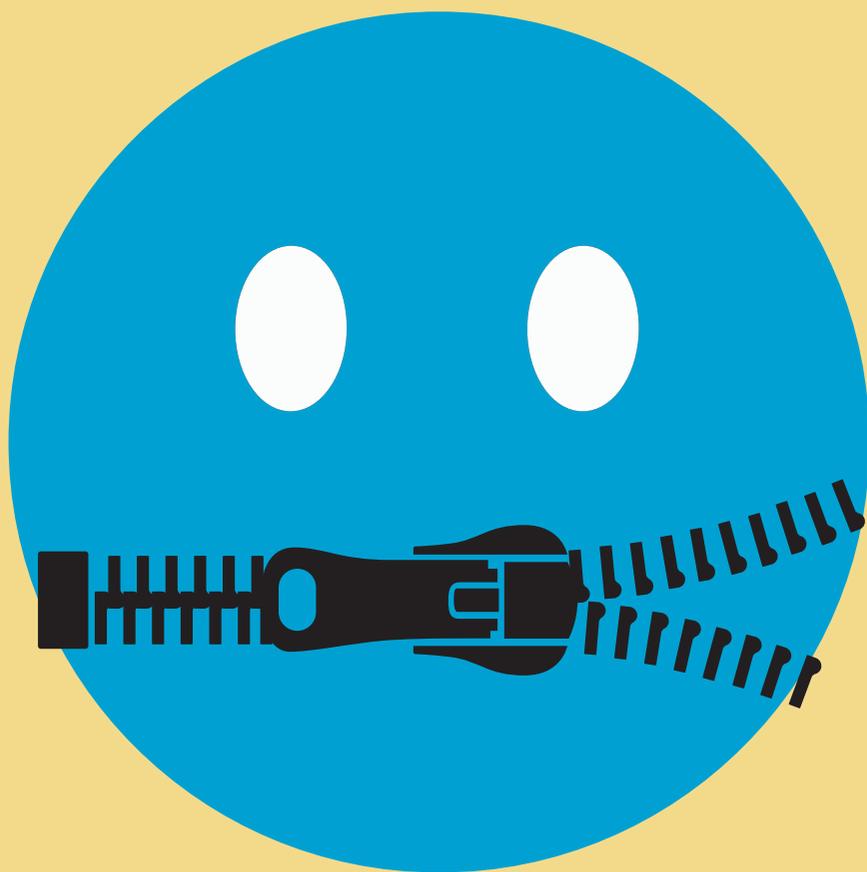


Darío Villanueva

# MORDERSE LA LENGUA

Corrección política  
y posverdad



ESPASA

DARÍO VILLANUEVA

MORDERSE LA LENGUA  
Corrección política y posverdad

  
ESPASA

© Darío Villanueva, 2021  
© Editorial Planeta, S. A., 2021  
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Cèl-lula.com  
Ilustración de la cubierta y la contracubierta: © Martí Sáiz  
Fotografía del autor (solapa): © José Antonio Fernández

ISBN: 978-84-670-6198-7  
Depósito legal: B. 2.200-2021

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*  
Impresión: Black Print  
Preimpresión: Safekat, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# ÍNDICE GENERAL

<b>PREÁMBULO. QUIEN AVISA...</b> .....	15
Lenguaje y lenguas .....	20
Tecnologías de la palabra .....	25
Palabras injustas .....	29
Maquiavelismos .....	34
Elogio de la necesidad .....	40
El rey desnudo .....	45
Cancelación .....	50
<b>CAPÍTULO PRIMERO. LA CORRECCIÓN POLÍTICA</b> .....	59
Corrección política y tolerancia represiva .....	62
Tabú y eufemismo .....	68
Espacios seguros .....	75
Sentimentalismo tóxico .....	83
Sociedad civil y gobierno .....	89
Constituciones .....	96
Pro y contra la corrección política .....	101
<b>CAPÍTULO SEGUNDO. CÓMO NOS MORDEMOS LA LENGUA</b> .....	108
Academias, ortografías, gramáticas, diccionarios .....	112
Feminización lingüística .....	117
Corrección política y diccionarios .....	124
La censura del diccionario .....	128
El sexismo en el lenguaje .....	137
El género gramatical no marcado .....	144

Planificación lingüística .....	148
Constituciones ¿en masculino? .....	155
<b>CAPÍTULO TERCERO. LA POSVERDAD</b> .....	165
Verdad y filosofía .....	169
Vocabulario de la mentira posmoderna .....	176
Trump .....	180
Nuestra posverdad .....	186
Industrias de la mentira .....	190
Posverdad, medios y tecnología .....	195
Televisión y posverdad .....	200
Posverdad y psicología social .....	206
<b>CAPÍTULO CUARTO. BULOS Y PATRAÑAS. EL APOCALIPSIS DE LA REALIDAD</b> .....	211
Reagan .....	216
El arte de mentir agradablemente .....	220
Italia. Radio y audiovisión .....	226
Posverdades nuestras .....	232
El proceso de la posverdad .....	237
Patrañas históricas y culturales .....	243
Apocalipsis y milenarismo .....	248
Verdad y tecnologías .....	250
<b>CAPÍTULO QUINTO. LA GALAXIA <i>POST.</i> (POS)MODERNIDAD LÍQUIDA Y POSHUMANISMO. RACIONALIDAD Y EMOCIONALIDAD. POSLENGUA</b> .....	256
Pensamiento débil .....	260
Galaxia <i>Post</i> .....	267
Deconstrucción .....	275
Modernidad líquida e inteligencia emocional .....	283
Poshumanismo .....	288
Pensamientos fuertes .....	294
Posdemocracia. Poslengua .....	298
<b>CAPÍTULO SEXTO. LA VERDAD DE LAS DISTOPÍAS</b> .....	309
Las sociedades distópicas .....	314
Posverdad y corrección política distópicas .....	319

Neopuritanismo y revisionismo .....	326
Neolengua .....	332
Doblepensar y posverdad .....	339
Contra el infoapocalipsis .....	344
<b>EPÍLOGO. ... NO ES TRAIADOR</b> .....	<b>352</b>
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS .....	359

## CAPÍTULO PRIMERO

# LA CORRECCIÓN POLÍTICA

Muy a finales de los años ochenta fui durante el semestre de otoño profesor visitante en la universidad norteamericana de Colorado, en Boulder.

Me las prometía muy felices, pues conocía ya, por estancias anteriores, las magníficas condiciones docentes que mi posición me concedería. Entre ellas, y no la de menor importancia, la de disponer de un grupo muy reducido de estudiantes en cada uno de los cursos de posgrado que hube de impartir. Hablo de entre seis y ocho.

Por supuesto, contaba también la libre elección del tema. El primero de los cursos que monté versaría sobre la novela picaresca española, cuyo corpus no demasiado nutrido comprende desde el *Lazarillo de Tormes*, de hacia 1554, hasta *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor, compuesta por él mismo*, publicada en Amberes en 1646. Más o menos un siglo de producción narrativa que sienta las bases, junto a *El Quijote*, de lo que sería la novela realista moderna, arco temporal jalonado por dos textos de escritor anónimo, si bien no faltan atribuciones de autoría para el alfa y el omega de la serie. Por ejemplo, la de Alfonso de Valdés para el *Lazarillo* o la de Gabriel de la Vega para el *Estebanillo*.

La regalía mayor era, para mí, la de leer, literalmente, con mis alumnos los textos principales de la picaresca, cosa difícil en otras circunstancias que no fuesen las que el campus de Boulder me proporcionaba, en una recoleta sala del departamento de Español y Portugués junto al pequeño lago de la universidad.

Pesaba en mi decisión el recuerdo de un artículo de George Steiner publicado en el *Times Literary Supplement* en el que el gran humanista, preocupado por el empacho deconstructor que, por el embrujo de Jacques Derrida, tanto daño hizo sobre todo en los departamentos humanísticos norteamericanos, concluía con una propuesta tan simple como la siguiente: no nos conviene ya más teorías, métodos o nuevas perspectivas críticas en la enseñanza de la literatura, «lo que necesitamos son lugares: por ejemplo, una mesa con unas sillas alrededor donde podamos volver a aprender a leer, a leer juntos». Porque, paradójicamente, esa competencia puede que se esté perdiendo, y existe la contradicción de que, en nuestras sociedades, si profundizamos un poco bajo el oropel de la epidermis nos encontramos con que la capacidad de comprensión de los textos complejos por parte de los ciudadanos que salen del sistema educativo es cada vez menor.

Comencé, pues, con entusiasmo mis *lecciones*, que lo eran en el más genuino sentido etimológico de la palabra latina: *lecturas* compartidas por el profesor y sus seis alumnos. Todo iba sobre ruedas con el *Lazarillo*, texto ideal para poner a prueba nuestra capacidad para entender que la ironía consiste en escribir exactamente lo contrario de lo que se quiere decir, dejando a la inteligencia del receptor la conversión de lo uno en lo otro. Pero he aquí que llegamos al episodio del negro Zaide, con el que la madre de Lázaro, ya viuda, se amanceba con él, al que acaba dándole un «negrito muy bonito» que, cuando se le acercaba su padre, respondía asustado con un «Madre, coco». Fue entonces cuando reparé que una de mis alumnas era negra. Me apresuré a calificar la facecia como rematadamente racista, y ella, mi alumna, con el humanísimo desparpajo que quizá proviniera de su origen dominicano, rio junto con sus compañeros la situación textual y la que se había creado en el aula, y no hubo más que decir.

El problema vino con *Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos; ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*, obra de un extraordinario escritor y antisemita confeso, Francisco de Quevedo y Villegas. Acabábamos de descubrir en mi universidad un texto suyo titulado, ni más ni menos, *Execración contra los judíos*, fechable en 1633, y ese talante asoma explícita o implícitamente en numerosas páginas del *Buscón*.

En el aula leían conmigo dos alumnos judíos, en cuya condición de tales yo no había reparado en ningún momento. Se sintieron

ofendidos porque un profesor como yo escogiera un texto de ese cariz, y lo hiciese leer ante la clase en voz alta, y así lo denunciaron ante el director del departamento y el decano. Ambos enfocaron el asunto a la luz de la libertad de cátedra, y me dieron crédito sin reservas. No solo esto, sino que consiguieron convencer a los denunciantes de que no había mala intención, antisemita, en mi sílabo del curso, sino que para explicar la picaresca era obligado estudiar el *Buscón*. El asunto no fue a más, pero como profesor visitante español en la Universidad de Colorado no me cabe duda de que me dejé algunos pelos en la gatera.

Pero tuve ocasión pintiparada para reivindicarme. Concluíamos nuestras lecturas con el *Estebanillo González*, pícaro de vida indigna, en nada ejemplificante, que él mismo describe en sus facetas más reprobables haciendo uso de una sorprendente característica del género, la autodenigración, pues la novela está escrita en primera persona. Estebanillo dice haber nacido en Salvaterra do Miño, y ello puso en bandeja un colofón que me vino como anillo al dedo. Recuerdo que les dije a mis alumnos: «La novela picaresca española, escrita en tiempos muy distintos a los nuestros, entre mediados del siglo XVI y del XVII, está, como hemos podido comprobar mediante su lectura, en las antípodas de la corrección política. Es más, con frecuencia obedece deliberadamente a un designio discriminador y ofensivo, denigrante contra las minorías. Lo hemos visto en el caso de los negros con el *Lazarillo*, con los judíos en el *Buscón*. Y ahora, como despedida, le toca la china a otra minoría, la de los gallegos, objeto de burlas constantes e injustas en la literatura española del Siglo de Oro por su supuesta condición de zafios y lerdos. Minoría, por cierto, a la que yo pertenezco: nací en Vilalba, provincia de Lugo, en 1950».

Tuve mejor suerte, en definitiva, que el protagonista de la novela del escritor norteamericano de origen judío Philip Roth, *La mancha humana* (*The Human Stain*), publicada en 2000. Narra la desgracia del exdecano y profesor de Clásicas de una universidad sin lustre de Nueva Inglaterra, Coleman Silk, expulsado por la denuncia de un estudiante, situación semejante a la que se dio en la realidad con el profesor Calvo en Princeton, cuyo fatal desenlace he relatado ya en mi preámbulo.

Embriagado por la fraseología homérica, en el transcurso de una clase Silk preguntó si alguien conocía a sus alumnos absentistas o se

habían desvanecido como *espectros* o *fantasmas*. El traductor al español opta —discutiblemente— por dar una versión no recta, sino metafórica, *negro humo*, acaso para no tener que explicar en nota que la palabra usada por Roth —«Do they exist or are they *spooks*?»— es una denominación peyorativa contra los negros en el inglés coloquial de los Estados Unidos. Alusión que tomó en su sentido literal y discriminatorio un estudiante de ese color. Antes Silk había tenido otro problema: la denuncia de una alumna que consideraba insultantes para las mujeres las tragedias de Eurípides que explicaba en su curso *Dioses, héroes y mitos*.

En el funeral de Coleman Silk, fallecido en un oscuro accidente de automóvil, el director del departamento de Ciencia Política del Athena College Herbert Keble, de raza negra, se lamenta por no haber defendido en su momento a quien le había prestado incondicionalmente su apoyo cuando, como decano, lo recibió en el *college*. Afirma que la conducta políticamente incorrecta que se le atribuyó y lo hizo caer en desgracia nunca había existido —«Coleman Silk never once deviated in any way from totally fair conduct in his dealings with each and every one of his students»—, y su linchamiento reputacional era fruto de la «morally stupid censorious community» universitaria a la que pertenecían y de la cobardía de sus miembros, dominados por la «espiral de silencio» que ya hemos comentado a propósito de Tocqueville.

Aquella experiencia mía de Boulder era la confirmación de que la corrección política, la nueva forma de censura, había llegado para quedarse. Una censura perversa, para la que no estábamos preparados, pues, como ya he escrito en páginas anteriores, no la ejerce el Estado, el Gobierno, el Partido o la Iglesia, sino estamentos difusos de lo que denominamos «sociedad civil». Ricardo Dudda (2019) habla, a este respecto de una minoría militante que se mantiene misteriosamente ilocalizable.

## CORRECCIÓN POLÍTICA Y TOLERANCIA REPRESIVA

La primera advertencia crítica de todo esto que yo conocí fue, en 1993, el libro *La cultura de la queja*, de Robert Hughes. El escritor australiano sacaba a la luz lo que estaba ocurriendo con el llamado multiculturalismo, que en las universidades norteamericanas repre-

sentó el desplazamiento y la «cancelación» de los autores y obras considerados clásicos. Denuncia la sociedad de Estados Unidos «que se muestra escéptica ante la autoridad y cede fácilmente a la superstición; cuyo lenguaje político está corroído por la falsa piedad y el eufemismo».

De la misma fecha data el libro compilado por Sarah Dunant sobre la «guerra de las palabras» en el que se define la corrección política como un movimiento surgido en los campus norteamericanos a mediados de los años ochenta desde los departamentos de Artes y Humanidades entregados muy activamente a aquella causa del muticulturalismo. Se trataba de deconstruir el canon literario, filosófico y artístico, dominado por el racionalismo eurocentrista, para incluir a representantes de las minorías invisibilizadas hasta entonces, especialmente las mujeres y los no blancos; de replantear los supuestos desde los que la Historia se seguía enseñando; de promover la igualdad sexual y racial incluso por medios de discriminación positiva; y poner el lenguaje al servicio de todas estas causas, introduciendo en la comunidad universitaria códigos políticamente correctos de conducta y, sobre todo, de expresión. En cualquier caso, se parte de la convicción de que no existe la neutralidad del lenguaje ni de que sea legítima y justa la defensa de la libertad de expresión. Todo está sometido al poder hegemónico, como también lo está —y esto es interesante desde el punto de vista de la posverdad que nos espera en próximos capítulos— la propia verdad o mentira de las creencias o afirmaciones.

Según uno de los más rigurosos expertos en el tema también apellidado Hughes (Geoffrey) —cuyo libro de 2010 fue significativamente dedicado a la memoria de George Orwell— la clave está en cierta forma de «ingeniería semántica» que actúa al servicio de una inequívoca forma de censura. El problema reside en que su origen no es identificable con una sola fuente, reconocida y definible como tal, sino con varias, desde las que se pone todo el énfasis en el lenguaje considerado ofensivo, en las actitudes prejuiciosas y en los comportamientos insultantes contra las minorías marginadas por causa de su raza, su etnia, su discapacidad, adiciones, enfermedades como el sida o las dolencias mentales, el género y la orientación sexual. Igualmente, la corrección política toca otros terrenos como los derechos de los animales, la xenofobia, la pervivencia de actitudes poscolonialistas, el eurocentrismo elitista o el medio ambiente. Ya

en 1991 el *Random House Webster's College Dictionary* definía *political correctness* como la adhesión a una ortodoxia tópicamente progresista en lo tocante especialmente a «race, gender, sexual affinity, or ecology».

En cuanto a los orígenes remotos de la expresión, se ha encontrado una sentencia del juez James Wilson y otros magistrados en el caso «Chisholm vs Georgia» visto por la Corte Suprema de los Estados Unidos en 1793, en la que se declara *not politically correct* emplear en un brindis el sintagma *The United States* en vez de *The People of The United States*. El asunto de fondo era de mucha mayor trascendencia, más allá de la literalidad de las palabras (la metonimia de sustituir a los ciudadanos por la entidad política emanada de ellos), y sería el fundamento dos años después de la undécima enmienda de la Constitución norteamericana, según la cual «El poder judicial de los Estados Unidos no debe interpretarse que se extiende a cualquier litigio de derecho estricto o de equidad que se inicie o prosiga contra uno de los Estados Unidos por ciudadanos de otro Estado o por ciudadanos o súbditos de cualquier Estado extranjero». Pero habrá que esperar hasta los movimientos contraculturales y la efervescencia de la *American New Left* en las universidades a partir de los años sesenta para que arraigue el concepto así denominado con el significado justo y preciso que hoy sigue teniendo.

Se atribuye la adopción de este concepto de la *political correctness* a la influencia de las traducciones al inglés del *Little Red Book* (1964) y otros escritos de Mao Tse-Tung que desde finales de los años veinte mostraban la preocupación del líder por el mantenimiento de la ortodoxia ideológica en la actuación del partido. Se menciona, por ejemplo, un escrito de 1929 traducido con el título *On correcting mistaken ideas in the Party*. Mao insiste en consignas acerca de que la *línea correcta* pasa necesariamente por la lucha sin cuartel contra la *línea incorrecta*. Coincide así, según se ha estudiado, con la *correcta perspectiva política* que Trotski había enunciado ya en su texto de 1932 *Problemas de la Revolución china*, y su pensamiento a este respecto encuentra eco, por caso, en otro de los principales dirigentes comunistas, caído en desgracia cuando la revolución cultural, Liu Shao Chi, para quien, asimismo, la «línea correcta del Partido no podía separarse de su correcta línea organizativa».

La propia Doris Lessing postuló los orígenes comunistas de esta fraseología, utilizada también por Czeslaw Milosz para describir la

opresión del régimen polaco en su libro de 1951 *La mente cautiva*. Geoffrey Hughes registra a partir de 1970 frecuentes citas a la corrección política en libros y artículos periodísticos, a menudo asociadas a debates feministas.

Sin embargo, se ignora una fuente, no tanto de la expresión cuanto del concepto, que me parece de suma importancia, vinculada a la intensa vida política de los campus en aquellos años entre el comienzo de la guerra del Vietnam y el aplastamiento de la llamada «primavera de Praga» y sus secuelas.

Los centros californianos fueron un escenario privilegiado de estos movimientos, y en ellos profesaba el politólogo alemán Herbert Marcuse, que había sido asistente de Heidegger en Friburgo y luego había formado parte, junto a Adorno y Horkheimer, de la Escuela de Frankfurt, para convertirse ya en los Estados Unidos en el filósofo favorito de la *New Left*.

En plena movilización estudiantil publica en 1964, primer año de la guerra de Vietnam, su obra más destacada, *El hombre unidimensional. Estudios sobre ideología en la sociedad industrial avanzada*, pero me interesa más vincular con la corrección política otra línea de sus trabajos que había comenzado en 1956 con un libro del que es coautor junto a Paul Wolff y Barrington Moore titulado *Una crítica de la tolerancia pura*.

En el desarrollo de sus primeros postulados, Marcuse (2010) llegará a formular una teoría resumida en un oxímoron: la *tolerancia represiva*. En ella está el fundamento ideológico de la actitud coercitiva que desde el ámbito escolar universitario promoverá el salto de la corrección política hacia el conjunto de la sociedad.

Existe para él una *tolerancia destructiva* que es aquella consentidora de los ataques a la verdad, que cree poseer en exclusiva el que la ejerce. De este modo, se conceden bazas inadmisibles y políticamente incomprensibles a los detentadores de intereses espurios contrarios a la revolución social. Por ello, en el contexto en el que Marcuse se mueve —dedica su alegato a los estudiantes de la Universidad de Brandeis, en Massachusetts— propone una *tiranía educativa* que se enfrente a la *tiranía de la opinión pública*, dominada por agentes reaccionarios. Eso exige retirar la libertad de expresión y asociación a los grupos o movimientos «partidarios de una política de agresión, rearme, chauvinismo y discriminación por motivos raciales o religiosos», así como a todos los opuestos a cualquier política socialmente

avanzada. Igualmente, será necesario implementar «nuevas y rigurosas limitaciones de las doctrinas y prácticas de las instituciones pedagógicas» que no vayan en la línea correcta, sin renunciar tampoco a ejercer la intolerancia «frente a la investigación científica que se realiza en interés de mortíferos “medios de intimidación”».

El ejercicio de esta *tolerancia represiva* debía partir, como así ocurrió realmente con la corrección política, del sector de la educación, de los estudiantes y profesores universitarios, para convertirse luego en una presión masiva y generalizada antesala de una franca subversión. La «suspensión» de la falsa tolerancia daría paso, si la gravedad de la situación de la sociedad así lo reclamase, a la «radical supresión del derecho de libre expresión y libre reunión», porque «es menester ayudar a los reducidos e impotentes grupos que luchan contra la falsa conciencia: su conservación es más importante que el mantenimiento de derechos y libertades de que se abusa y que permiten que surja aquella violencia legal que oprime a tales minorías». Como ya quedó apuntado, sin que Marcuse utilice todavía, hasta donde yo alcanzo con mi lectura de sus obras, la expresión *corrección política*, que comenzará a circular poco tiempo después, en su pensamiento militante, enfocado intensamente hacia las comunidades educativas de su país de adopción, está el más claro fundamento de esa forma de *tolerancia represiva* que llegará a arraigar hasta hoy fuera de los recintos universitarios, justificando lo que Ricardo Dudda resume en una frase impactante: «Los censores son hoy los buenos». También Félix Ovejero (2018) nos ha advertido acerca de nuevas pulsiones oscurantistas amparadas por un falso progresismo que prefiere la intimidación a los argumentos, de lo que tendremos la oportunidad de comentar más adelante algunos ejemplos.

Como antecedente remoto, e ideológicamente no marcado, de estos planteamientos cabe recordar que en 1939 el sociólogo alemán de origen judío Norbert Elías, en vísperas de la efímera, pero brutal, apoteosis nazi, puso en circulación el concepto de *proceso de civilización* tendente no tanto a conseguir la eliminación de la agresividad, la coerción brutal y la violencia cuanto a apartarlas de la vista y el conocimiento de las «personas civiles», como cuando se barre debajo de la alfombra. Para ello sería necesario un pacto colectivo en el seno de la sociedad civil para erradicar los comportamientos que la propia comunidad considerase reprobables por su zafiedad, grosería, impertinencia, descortesía, injusticia, agresividad, intransigencia, etc.